

## [El monstruo y otras mariposas]

*La historia del hombre es la historia de su represión.*  
S. FREUD

Animal dañino, ser deforme y anormal, el monstruo es un engendro que evoca fuerzas irracionales, malignidad, violencia. En él nacen los prejuicios y los temores de quien lo invoca. En él mueren, de la misma forma, porque el monstruo representa un conjunto de dificultades a vencer. Parece que no hay bestia que no reclame una disputa: contra dragones lucharon Apolo, San Jorge o Beowulf; contra Humbaba, el gigante del bosque, unieron fuerzas Gilgamesh y Enkidu; contra el Minotauro, Teseo tuvo que blandir la espada. Jean Chevalier y Alain Gheerbrant nos recuerdan, en su consagrado *Diccionario de los símbolos*, que todo monstruo es la proyección de un miedo y su presencia ha de estimular el heroísmo necesario para enfrentarlo. Por supuesto la lucha, interior o exterior, será siempre simbólica.

En 1976 Enrique González Rojo recibe el Premio Xavier Villaurrutia por un poema que aborda de forma magistral el tema en cuestión: *El quintuple balar de mis sentidos [o el monstruo y otras mariposas]*. Título significativo en la producción poética del vate mexicano, porque en éste cristaliza sus inquietudes literarias al tiempo que sincretiza y perfecciona los procedimientos metafóricos que ya practicaba desde su etapa juvenil, conocida como el poeticismo. Título barroquizante que busca la extrañeza: ¿es en el balar de los sentidos donde habita el monstruo? ¿Cómo será, si se equipara con "otras mariposas"? Título paradójico el de González Rojo que busca apuntalar la ambigüedad de un monstruo mucho más temible que los dragones, Humbaba o el mismo Minotauro.

En la primera sección del poema se advierte la existencia que un ser que circunda el ambiente y que, como depredador, ataca en momentos imprevistos. "Acecha, merodea, da zarpazos" un ente que habita en el más allá de este mundo:

Dos mundos hay. El uno  
se halla a tiro del ojo, está a la mano,  
ocurre frente a mí, no carga pliegues  
que esconditen asombros y sorpresas,  
es un mundo confiable  
que dialoga sin fin con mis sentidos.

Pero en el más allá de lo que veo,  
hay algo que discurre a mis espaldas  
ante el ciego testigo de mi nuca;  
es campo que extranjeran los kilómetros,  
es otra dimensión que se guarece  
en el atrás de todo,  
en el mundo tangible, desollado,  
que se escapa al asedio sensitivo  
y a la conversación con mi epidermis.

En ese lugar desollado se gesta el monstruo. La ansiedad, la angustia o la desesperación provienen de aquella dimensión, le pertenecen a este ser. Lo que ocurre en este mundo es insustancial, lo importante se desarrolla "en el atrás de todo":

Pero no me produce la zozobra  
que se incuba cuando algo se genera  
a mis espaldas, cuando algo se sitúa  
en el punto trasero de mis ojos,  
cuando a control a remoto  
se maneja mi angustia  
desde el mundo invisible, desde el vientre  
o la entraña del monstruo, de la bestia.

Lo he dicho: de la bestia.

Para el cristianismo, "la bestia" es el opresor del espíritu, el que pervierte las cualidades superiores, a decir de Papini "es Satán, que en hebreo es el enemigo o el adversario; en griego, Diablo, o sea el acusador o calumniador". Al llamar al monstruo de esa forma, el poeta no pasa por alto dicho significado pero inmediatamente acentúa la indefinición tras señalar que no es la "Divina providencia", ni "el destino", ni "la fatalidad". El monstruo es lo desconocido, lo incognoscible, lo inefable. Pero no sólo eso.

Años después, González Rojo anotará que "el monstruo de lo imprevisto (que también puede materializarse en mariposa) se convierte en el hilo conductor de un poemario fundamentalmente autobiográfico". En la segunda sección del libro comienzan las retrospectivas y el poema adquiere un tono narrativo. Aparece Maricela, se evocará a Mónica, a Graciela, a Laura y con ellas a los instintos carnales, a los celos y las rupturas amorosas o, mejor dicho, al monstruo:

Cuando ayer en los dedos  
sentí la tarascada  
de tu puerta, viví ya mi cadáver,  
y fue como una autopsia estar pensando.  
Ocurría que estabas  
en tratos, Maricela, con el monstruo.  
Entre los dos tramaban la epidemia  
de llagas que me embarga todavía.  
Habían preparado,  
por los cuatro costados, la ruptura,  
el irrumpir del aire doloroso  
justo entre nuestros cuerpos.

El monstruo habita en el sufrimiento amoroso, coloca mariposas que después se desprenden de su disfraz de ligereza. Su veneno está en esa máscara. El monstruo tiene varias facetas,

muchas son sus manifestaciones e inquirir en sus orígenes acaso sea lo primero a realizar para capturar su esencia:

Hace tiempo la bestia no existía  
o mejor era sólo algún gusano  
más pequeño que el miedo más pequeño;  
[...]  
Se reducía entonces a la oscura  
gestación de las cosas  
—el seno, la sonaja, la sonrisa—  
con las cuales los padres firmamentan  
la atmósfera que está sobre la cuna  
y por las que clamaba, a grito en cielo,  
el quintuple balar de mis sentidos.

El monstruo es entonces un producto del devenir de la conciencia. Adquiere concreción cuando los sentidos comienzan a percibir el mundo. Habita lo desconocido, encarna en el deseo, pero también en el instinto de conservación. El monstruo es la antesala de la muerte:

Una vez caí en cuenta de que había  
un extraño revuelo por mi casa.  
Apretones de manos. Caras lúgubres.  
Pañuelos de la guarda junto al rostro  
Frasas entrecortadas  
como el chisporrotear de cuatro cirios.  
El monstruo y el velorio.  
[...]  
Ama el monstruo la muerte.  
La muerte por sorpresa.

Eros y Tanatos. Eros en forma de mujer es el deseo, la carnalidad, la lujuria también; Tanatos, la preocupación por la muerte y el suplicio ante el deceso inexorable. Fuerzas motoras que Herbert Marcuse describe como instintos básicos que el hombre debe restringir como una precondition esencial del progre-

so. Instintos que conforman la materialidad del ser que González Rojo presenta. El monstruo es uno y desde el principio de esboza su naturaleza: la otredad, porque el problema del otro involucra aspectos como el inconsciente, la alteridad, Dios, el ser, el lenguaje y, por supuesto, el prójimo.

Sorpresivo, inesperado, el monstruo ha dado cuenta de la serie de dificultades a vencer que lo conforman. La lucha contra el monstruo es la lucha contra la otredad. Una confrontación contra lo desconocido o lo *otro* por conocer; una lucha que en última instancia es contra la muerte. El monstruo, empero, no sólo representa las adversidades del exterior, se refiere principalmente a los conflictos internos producidos por los instintos. Y en esta lucha, el héroe es quien decide enfrentar a la bestia:

Carajo, rebelarme.

Salir de cacería.

[...]

A veces se requiere

salir de cacería

armados con la razón hasta los dientes.

Cazar al monstruo a través de la reflexión es adentrarse al autoconocimiento. Tras esta disputa, sucede un descubrimiento existencial: la bestia no es un malestar que el poeta descubra sólo para sí, se trata de una adversidad que cada persona nombra a su manera. Ese ser no sólo habita en los demás pues cada persona el monstruo de los otros: "Soy entonces la jaula de una fiera", reza el poeta. ¿Acaso podría haber una bestia más dañina que esa? El monstruo, concluye González Rojo, "se encuentra detrás del pensamiento". Por eso no perdona, por eso es una fiera en verdad temible, quizá la única que exista, quizá la única a vencer.